

Lectura del mensaje: Medita para que cuides de hacer lo que está escrito | Josué 1:8

| *YHWH es mi salvación - CC BY-NC-SA 4.0*

La gracia y la bendición de Dios nos reúnen con un propósito fundamental: dar continuidad a nuestro aprendizaje de la sana doctrina. Al examinar las Escrituras, descubrimos que aprender la doctrina no se limita a escuchar o leer; requiere una asimilación profunda. Nuestro enfoque central es comprender cómo la meditación en la Palabra nos capacita para ponerla en práctica.

La importancia de la sana doctrina

En la primera carta a Timoteo, vemos que este joven ministro es enviado a Éfeso con una misión crucial: contrarrestar las falsas doctrinas que se estaban introduciendo y contaminando a la iglesia. Una falsa doctrina ensucia las vestiduras espirituales del creyente, y el deseo de Dios, según la carta a los Efesios, es purificar a su iglesia por el lavamiento del agua por la Palabra, a fin de presentársela a sí mismo sin mancha y sin arruga. De igual manera, a la iglesia de Sardis se le advierte que recuerde lo que ha recibido y lo guarde, para ser hallada digna en la venida del Señor.

Esto nos demuestra que la doctrina no consiste en acumular conocimientos filosóficos o teóricos, sino que involucra una forma de vida práctica. Necesitamos aprender la doctrina para caminar rectamente delante del Señor, para no ser engañados por el enemigo y para poder ayudar a otros. Como enseñó Jesús en Mateo 7:24-27, aquel que escucha su Palabra y la hace, es semejante a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca.

El propósito de meditar: Observar y practicar

El libro de Josué nos entrega una instrucción vital: "Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas

conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien" (Josué 1:8).

Este pasaje nos revela que el medio indispensable para lograr practicar la Palabra es la meditación. Así como usamos nuestros pies para caminar hacia una tienda o un automóvil para viajar a otra ciudad, utilizamos la meditación como el "vehículo" para llegar al destino de guardar y hacer lo que está escrito.

La Escritura nos manda a "cuidar" u "observar" el mandamiento. Observar implica estar atento. Si no recordamos una instrucción, es imposible cumplirla. De la misma manera en que anotamos en una agenda un examen o el pago de un servicio de luz para que no se nos pase la fecha, debemos retener la Palabra de Dios en nuestra mente para poder ejecutarla en nuestra vida diaria.

¿Qué significa realmente meditar?

Es necesario aclarar que la meditación bíblica difiere radicalmente de las prácticas orientales. Mientras que algunas religiones enseñan a "dejar la mente en blanco", la Biblia nos llama a llenar nuestra mente con la verdad. Pensar puede ser un acto superficial o momentáneo, pero meditar significa pensar atenta y detenidamente sobre un asunto religioso, espiritual o moral, profundizando en él.

El Salmo 1 ilustra esta práctica de forma intencional: compara al hombre que medita con "un árbol plantado junto a corrientes de agua". Un árbol no aparece plantado junto a una fuente en un orden perfecto por mero accidente geográfico; implica que alguien preparó el escenario, trazó el curso del agua y trasplantó el árbol allí con un enfoque claro: que dé su fruto a su tiempo.

El contexto cultural y la palabra "Hagah"

Para comprender plenamente la meditación bíblica, debemos transportarnos al contexto cultural del Antiguo Testamento y del primer siglo. En aquel entonces, no existían imprentas, los índices de alfabetización eran bajos y los pergaminos eran sumamente costosos. Las personas no tenían el lujo de ir a una librería cristiana o abrir una aplicación en su teléfono para consultar un versículo olvidado. Dependían de congregarse en la sinagoga para escuchar la lectura de la ley en voz alta.

Como no podían llevarse el texto a casa, su esfuerzo se concentraba en retener y memorizar la información. Aquí entra en juego la palabra hebrea utilizada para meditar:

Hagab (Concordancia Strong 1897), que se traduce como murmurar, gemir o hablar en voz baja.

El método que utilizaban para no olvidar el mensaje era repetirlo. Alguien podía estar trabajando, cortando madera con un serrucho, y mientras tanto, iba repitiendo en voz baja: "Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley...". Repetían el texto suavemente para grabarlo en su corazón y, al mismo tiempo, utilizaban su mente para reflexionar: "*¿Cómo aplico esto a mi vida siendo carpintero?*". No tenían diccionarios ni comentarios bíblicos; su profundidad y sabiduría provenían de ejercitar la mente al masticar la Palabra pura.

"Shamar": El cerco protector de la Palabra

Cuando Josué 1:8 dice "para que guardes" o "cuides", utiliza la palabra hebrea *Shamar*. Esta palabra significa propiamente cercar o poner un vallado alrededor, como con espinos, para proteger y custodiar.

Al recitar la Escritura en voz baja y meditar en ella, estamos construyendo un cerco espiritual a nuestro alrededor. Así como Job estaba "cercado" y protegido por Dios contra los ataques del enemigo, nosotros somos guardados y protegidos cuando llenamos nuestra boca y nuestra mente con las promesas y mandamientos divinos.

El peligro de la comodidad moderna

En nuestra época, la situación es diametralmente opuesta. Gracias a los altos índices de alfabetización, las Biblias accesibles, los teléfonos móviles y la inteligencia artificial, tenemos la información al alcance de la mano. Sin embargo, esta abundancia ha provocado que perdamos el arte de meditar.

Hoy en día, en lugar de pensar profundamente en un pasaje, acudimos a un video de YouTube, compramos un libro sobre el tema o esperamos que el pastor nos dé la doctrina ya digerida el domingo. Hemos vuelto el conocimiento doctrinal algo muy teórico y poco práctico. El apóstol Pablo, en Gálatas 3:1, reprende a los creyentes llamándolos "insensatos". En el idioma original, esta palabra describe a alguien que no ejercita su mente. Al dejar de ejercitar nuestra mente en la Palabra, nos volvemos vulnerables al engaño y nos desviamos hacia otras filosofías.

Estudiar la Palabra es fundamental para conocer su origen, su orden y la verdad, tal como lo hizo Lucas (Lucas 1:1-4). No obstante, el estudio no sustituye a la meditación.

Leer, estudiar y meditar son disciplinas complementarias.

El fruto de una vida de meditación

El Salmo 1 nos advierte que debemos meditar de día y de noche, lo cual significa hacerlo de manera continua y constante. El texto nos presenta un contraste vital: si nuestro deleite no está en la ley de Jehová y no meditamos en ella, inevitablemente terminaremos andando en consejo de malos, deteniéndonos en camino de pecadores y sentándonos en silla de escarnecedores. Nuestra naturaleza nos llevará a enfocarnos en otras cosas si no fijamos nuestra mirada en Cristo y su verdad.

Retomar la meditación bíblica —memorizar la Escritura, repetirla en nuestro interior y reflexionar intencionalmente en cómo aplicarla— es lo que verdaderamente nos transformará. Este es el camino que nos asegura que, en todo lo que hagamos, prosperaremos y daremos fruto a su tiempo.